

Anti-curriculum vitae

Por *Horacio TARCUS**

LA GENEROSA INVITACIÓN del colega Hugo Biagini a elaborar una autohistoriografía intelectual representa un singular desafío. Si ya es difícil sustraerse a la “ilusión biográfica” de que nos advierte Pierre Bourdieu cuando abordamos la trayectoria de un tercero, la dificultad es mucho mayor aún cuando el sujeto a develar es el mismo que está escribiendo. Sabemos de los límites del autoanálisis pero vivimos, pensamos y escribimos *como si* fuéramos sujetos hegelianos de la autoconciencia. ¿Hasta dónde somos capaces de descentrarnos de las normalizaciones del propio yo y pensar nuestro itinerario no en términos de “trayectoria” o de “carrera”, sino en todo lo que tuvo de accidentado, azaroso, tenso o contradictorio? ¿Cómo plasmar en la escritura los diversos yoes que nuestro sujeto aplana, las líneas vitales que a menudo divergen y por momentos se acercan? ¿Por dónde empezar sin caer en la trampa del mito de los orígenes? ¿Cómo concluir un relato que evite la imagen auto-satisfecha del saber que supimos conseguir? ¿Cómo reconocer a los maestros que nos orientaron o cómo destacar aquellos libros que nos marcaron un camino sorteando las referencias a los grandes nombres legitimantes?

Mucho me temo, pues, que mi relato autohistoriográfico no esté a la altura de estas y otras preguntas que me asaltan a la hora de empezar, abandonar y volver a comenzar este escrito. Pienso en Oscar Masotta, en la inquietud que lo invadía al redactar sus *Seis intentos frustrados de escribir sobre Roberto Arlt*, en llamar a Hugo Biagini para declinar la invitación. Pero desfallezco inmediatamente y persisto en el empeño. He aquí el incierto resultado.

Habitualmente, un *curriculum* normalizado esconde recorridos intrincados. Mucho más aún en nuestros países periféricos, donde las vidas están atravesadas por avatares desconocidos para los investigadores de los llamados países centrales. Mi formación, pues, fue una combinación de educación formal y autodidactismo. Sucedió que ingresé a la carrera de Historia de la Universidad de

* Fundador y director del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas de la Universidad Nacional de San Martín e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; e-mail: <tarcurhacio@gmail.com>.

Buenos Aires en marzo de 1977, un año después del último golpe militar. Tras cursar los dos primeros años en un clima políticamente asfixiante y académicamente decadente, suspendí provisoriamente los estudios universitarios a la espera de tiempos mejores y, aprovechando los numerosísimos cursos privados que dictaban los docentes expulsados de la Universidad, me sumergí intensamente en la educación informal de la que ha dado en llamarse la “Universidad en las sombras”. El estudiante impasible de Filosofía y Letras transmutó en pocas semanas en el lector entusiasta de los cursos de teoría de la historia que dictaba en su casa Juan José Sebrelí y los de filosofía que ofrecía Alfredo Llanos. Poco después organizaba con mis pares un seminario de lectura de *El capital* cuya orientación solicitamos a Jorge Schvarzer. Había encontrado las luces en las sombras. El ciclo de estudios informales bajo la dictadura militar se completó a fines de 1983 con el viaje iniciático a Europa. Gracias a contactos que me proporcionaron Sebrelí, por una parte, y por otra Pancho Aricó —recién retornado del exilio mexicano—, tuve la fortuna de conocer personalmente a muchas de las grandes figuras del marxismo (en los años de la “crisis del marxismo”): Manuel Sacristán, Fernando Claudín, Adolfo Sánchez Vázquez, Ernest Mandel, Daniel Bensaïd y Michael Löwy.

Completé mis estudios universitarios durante la segunda mitad de los años ochenta, cuando tuve la suerte de cursar con los profesores que retornaban gracias a la apertura democrática: Luis Alberto Romero, Enrique Tándeter, Gastón Burucúa, Hilda Sabato, Waldo Ansaldi. En 1996 defendí una tesis de licenciatura en Historia que apadrinó José Sazbón, otro de los retornados, y se tituló *La visión trágica en el marxismo argentino: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Apenas dos meses después la tesis se convertía en mi libro *El marxismo olvidado en la Argentina*, prologado por Löwy. Era el primer fruto de un interrogante de largo aliento que se había abierto en marzo de 1976 y que de algún modo, reformulado, persiste en el presente: ¿por qué las izquierdas argentinas, consideradas en todas sus vertientes, habían sido incapaces de ofrecer respuestas a la crisis política argentina de mediados de la década de 1970? ¿Por qué demoraron tantos años en descifrar la naturaleza del régimen militar y el proyecto económico-social de “refundación” argentina? Muchas de las respuestas que busqué en vano en la prensa o en los documentos partidarios, terminé por encontrarlas en el universo revisteril de los intelectuales de izquierdas, el de los “compañeros de ruta” y sobre todo el de los disidentes y los

“expulsados”. Mi interés se desplazaba de la dialéctica positiva de los partidos (con su síntesis final puesta ya sea en la nación, en el pueblo, en el proletariado o en el partido mismo) a la dialéctica negativa de los intelectuales críticos, que se atrevían a pensar las contradicciones sin resolución. Figuras que si no ofrecían respuestas acabadas, postulaban al menos ese conjunto de preguntas más o menos articulado que fue constituyendo la problemática de la “crisis de las izquierdas”.

Lo que atraía mi interés, por otra parte, no eran los grandes intelectuales-faro, sino figuras descentradas del escenario cultural hegemonizado ya sea por los liberales, ya por los populistas. Desde mediados de la década de 1990 me intrigó la evanescente figura de un editor olvidado, Samuel Glusberg, que a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 había sabido entretejer, entre Buenos Aires y Santiago de Chile, una red intelectual sorprendente, que iba de José Carlos Mariátegui hasta Leopoldo Lugones, desde Ezequiel Martínez Estrada a Lev Trotsky, desde Horacio Quiroga hasta Waldo Frank. No es casual que inscribiera mi segundo libro —*Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (2002)— en el espacio de lo que por entonces se llamaba historia intelectual. El hallazgo casi azaroso de un ejemplar de *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)* de Juan Marichal en el subsuelo de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales me interpeló profundamente, ayudándome a encuadrar mi propia labor historiadora, pasada, presente y futura. El transterrado español cuestionaba en fecha tan temprana como 1978 el método de recorte y montaje de fragmentos en torno a las que Arthur Lovejoy consideraba las *ideas-núcleo* de una época histórica. Lovejoy construía una secuencia temporal de las ideas, sin prestar atención a sus encarnaciones temporales ni a sus contextos biográficos: la historia de ideas era una historia de las ideas-núcleo previamente definidas, “cuyo tránsito histórico puede seguirse como una concatenación lógica, como una clara línea, desvenada de la materia histórica de sus creadores o sustentadores humanos”. Marichal reservaba el término *historia intelectual* al estudio de la relación entre ideas y *opinantes*, en un lugar y en un tiempo de la historia humana. Ideas que, aclaraba, “no son exclusivamente filosóficas, ni ocupan siempre un espacio importante en la ‘historia de las ideas’”. Así considerada, la historia intelectual prestaba atención

a textos aparentemente secundarios, de hecho, marginales, de una época. Esto es, los textos de autores menores que han sido afluentes tributarios en la génesis de un pensamiento central, digámoslo así. O también los textos derivados, a manera de estribaciones laterales, de una fuerte personalidad creadora. Ahí, en esos textos, tributarios o derivados —a veces marcadamente modestos— halla el investigador de la historia intelectual los matices más reveladores de una época.

Marichal proporcionaba además una clave para reconsiderar los procesos de recepción intelectual propios de las naciones periféricas cuando señalaba que “el matiz ideológico más revelador del significado histórico de una época se observa frecuentemente en un país alejado, geográfica y culturalmente, del centro más visiblemente creador de esa época”. Entendí que esta perspectiva podía articularse con aquella que desde la década de 1960 venía sosteniendo la llamada “estética de la recepción” (Hans Robert Jauss y la Escuela de Constanza) sobre el carácter plural, multívoco e inventivo de la lectura así como también con la sociología bourdiana que enfatizaba los malentendidos estructurales nacidos de la circulación internacional de las ideas. Si nuestro continente latinoamericano, por haber llegado tarde al banquete de la civilización, estaba en principio “condenado” a recepcionar ideas provenientes de Europa, estas perspectivas permitían pensar dichas prácticas de recepción en términos de una refracción significativa respecto de las ideas “matrices”, pues las ideas repensadas y vividas en América Latina no son sus copias imperfectas o impracticables sino refracciones originales, imprescindibles incluso para comprender los múltiples sentidos de las ideas matrices.

Integrando estas diversas perspectivas —historia intelectual, estética de la recepción, sociología de la cultura— emprendí desde fines de la década de 1990 un proyecto de largo alcance sobre la recepción y circulación argentinas del socialismo. En el año 1999 postulé al doctorado en historia de la Universidad Nacional de La Plata un proyecto sobre la recepción argentina de Marx. En el plan de la tesis, el mayor peso de la investigación recaía sobre el siglo xx, aunque tuve la precaución de proyectar un primer capítulo sobre la recepción del “socialismo premarxista” y otro sobre las primeras recepciones de Marx en las tres últimas décadas del siglo xx. A medida que exhumaba nuevas fuentes que a su vez me remitían a otras fuentes, descubría nuevas vetas y me encontraba con personajes impensados y fascinantes, creció mi interés por el pensamiento político del siglo xix. El plan debió ser reformulado, pues lo que iba a ser un

preludio para el siglo xx, terminó por imponerse por peso propio como el objeto de investigación. La tesis, que defendí cuatro años después se tituló *Socialismo romántico y socialismo científico en el siglo xix argentino: de la recepción de Saint-Simon a la de Marx*.

En estos últimos años reelaboré y actualicé la primera parte, la referida a la recepción del socialismo romántico, para presentarla en dos libros que aparecieron sucesivamente por el Fondo de Cultura Económica: *El socialismo romántico en el Río de la Plata: 1837-1852* (2016) y *Los exiliados románticos. Socialistas y masones en la formación de la Argentina moderna: 1853-1880* (2017). La segunda parte, consagrada a la recepción argentina de Marx entre 1870 y 1910, apareció previamente por Siglo xxi Editores bajo el título *Marx en la Argentina: sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos* (2007).

Los tres libros constituyen una saga, pudiendo leerse como un relato exhaustivo del curso que tomaron las ideas socialistas en Argentina entre 1837, cuando el vocablo aparece por primera vez en la prensa porteña, y 1910, momento en que el marxismo ha devenido hegemónico en el campo socialista y ha despertado el interés de los primeros científicos sociales argentinos. En otro plano, pueden ser leídos como un “estudio de caso” de los procesos de difusión mundial del *socialismo romántico* primero y del *socialismo marxista* después. En un tercer plano constituyen un estudio de *recepción* de ideas, esto es, una investigación sobre la lectura y sus “usos”, sobre el carácter activo y creativo de quienes buscan “importar”, “adoptar” cierto cuerpo de ideas proveniente de otro contexto —Alemania, Inglaterra, Francia, España, Italia— para hacerlas propias, ya sea traduciéndolas, citándolas, publicándolas, prologándolas, anotándolas, profesándolas... Se trata asimismo de una indagación sobre los modos, las vías y los agentes a través de los cuales ingresó y circuló el *socialismo* en el Río de la Plata, al mismo tiempo que una reflexión más general sobre los procesos de recepción de ideas. Es también, en otro plano, un estudio acerca de los intelectuales y la política, de sus esfuerzos por “aclimatar” en suelo latinoamericano ideas que provienen de Europa pero se quieren universales; de sus afanes por trascender, a través del ensayo y del periodismo, de la edición y de la cátedra, el umbral de las teorías “abstractas”, ofreciendo no sólo un “programa” sino sobre todo el “credo”, la “creencia social”, la amalgama ideológica que proveyera a estas naciones en gestación una forma y un sentido a la altura de los tiempos históricos. Son, finalmente, un estudio

sobre la lectura y sus medios: libros, folletos, periódicos y revistas; sobre la lectura y sus espacios: las emergentes librerías y sus “gabinetes de lectura”, los salones públicos y las sociedades secretas, las bibliotecas privadas aunque abiertas a las solicitudes de los amigos y las primeras bibliotecas populares fundadas por las mutuales obreras y las asociaciones de exiliados; sobre la lectura y sus sujetos: traductores, editores, tipógrafos, periodistas, divulgadores, profesores... que son, todos ellos, también y sobre todo, lectores.

En estos últimos años me he aventurado con este mismo programa por el extenso suelo de nuestro continente. Espero dar a conocer en 2018 *El Manifiesto Comunista en América Latina*. Será una historia de su recepción, de sus ediciones y de sus lecturas, siempre al amparo de la historia intelectual.